B×880

APROBACION.

El Ilustrísimo Sr. Arzobispo, Administrador de la Diócesis de Cuernavaca, en vista del dictamen del Censor á cuya revisión pasó la traducción de la obra titulada "De la connissance et de l'amour du Fils de Dieu" ha tenido á bien conceder su superior licencia, para que se imprima dicha traducción.

Y lo comunico á Vd. para su inteligencia, protestándole mi aprecio y consideración.

Dios guarde á usted muchos años.—México, Febrero 7 de 1894.

Joaquín Arcadio Pagaza,
Srio.

Sr. Pbro. D. Francisco María Oviedo.

Presente.

- 47755

011659

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

BT306
.49
S2
c.1

011659

BT30C
.49
'52

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

BT

A LOS HOMBRES Y MUJERES,

ANCIANOS Y NIÑOS, POBRES Y RICOS,

SABIOS É IGNORANTES.

A todos dedico la traducción de esta obra en la que el autor por el excelentísimo asunto de que trata, por su modo tan sorprendente de tratarlo, por la clara y oportuna explicación y aplicación del texto divino y por su buen juicio, hacen la lectura de esta obra tan deleitable y placentera, útil y agradable.

Los que perdeis tantas horas en busca de vanos, quiméricos y fugaces consuelos, gozad útilmente con la lectura de esta obra.

Los que no sabeis qué creer y estais con pùtridos errores, abrid vuestra inteligencia á la lectura de esta obra.

Almas rectas, amantes de lo bueno que buscais la verdad en todo, las verdades sólidas, las creencias salvadoras; aquí las teneis en el asunto de esta obra.

Hombres y mujeres, quien quiera que seais, dotados como estais por Dios, de un entendimiento capaz de entender y conocer, de un corazón capaz de amar, de razón y voluntad que se rinde á la evidencia la una y que se adhiere cual aguja al imán la otra, toda vez que la inteligencia está persuadida; aquí teneis el imán; deseais luz en las tinieblas, pan y agua en el hambre y sed, consuelo en las aflicciones, paz en las turbaciones, certidumbre firme en las dudas, descanso en los trabajos; algo que llene vuestro corazón y que satisfaga por completo vuestra alma.

Amais á tientas, estais hechos para amar; pues aquí se trata del que puede únicamente satisfacer por completo á ese vuestro amor.

Aquí teneis en esta obra todo eso; os proporcionará un placer dulcísimo é inmenso en este desierto de la vida llena de miserias, os llevará gradualmente à una subida perfección y os servirá para conseguir vuestra felicidad posible en esta pasajera vida y vuestra felicidad eterna.

Devorad este librito, saboreadlo á solas, quizá sus primeras líneas parezcan amargas á unos, mas luego sigue dulzura de miel.

En fin, gustad este libro que os ofrece luz, verdad, camino, vida, goce, consuelo, salvación, porque os habla de Él que es todo esto, Jesucristo Señor Nuestro.

¿No os va bien en el mundo, verdad? hay mucho egoísmo, vanidad é injusticias, ficción, engaño, doblez, perfidia, injusticia, crimen, tempes-

tad.....¿qué hareis? Estais llenos de sufrimientos.

Pues si la niebla espesa de duda é ignorancia os ennegrece vuestra existencia; si las penas os afligen y gastan, si os consumen los trabajos de cada día, si esperimentais el tedio y fastidio, y las tentaciones os asaltan, tomad este libro, leedlo fijad vuestra atención muy bien en él y cuando la luz verídica y salvadora de su contenido ilumine vuestra inteligencia, y el bálsamo consolador se derrame en vuestro corazón y empieze á latir con un amor nuevo, y salgan las lágrimas por vuestros ojos; y os recreeis con este bellísimo panorama que vais á ver pasar por vuestra vista, en una palabra, cuando conozcais y ameis al Hijo de Dios Nuestro Señor Jesucristo; ¡oh! felices y bienaventurados sereis y en ese vuestro reino acordaos de mí que por proporcionaros tan rico bien trabajé en esta traducción que os dedico.—El Traductor.

PROLOGO.

Hubiéramos querido, al publicar esta nueva edición del "Conocimiento y Amor del Hijo de Dios Nuestro Señor Jesucristo," poder dar una noticia biográfica de su piadoso autor. Hemos buscado en los diccionarios biográficos, en los anales de la Compañía de Jesús, y no hemos encontrado más que estas pocas líneas de Taller: "Juan Bautista de Saint Jure, nacido en Metz en 1588, entró á los Jesuitas en 1604, á la edad de 16 años y se distinguió por sus trabajos contínuos por la salvación de las almas y particularmente por la dirección de colegios. Durante doce años estuvo encargado de los de Amiens, Alençon ó París. Pasó á Inglaterra con algunos miembros de su orden, en tiempo de la reina Enriqueta, esposa de Carlos I. Las obras ascéticas que publicó le manifiestan un hombre consumado en las vías de Dios y de la ciencia de los Santos. Se estiman particularmente "el Libro de los Elegidos ó Jesús Crucificado; el Conocimiento y el Amor de Jesucristo, de las que se han hecho muchas ediciones en diversas formas. Esta obra está dividida en cuatro libros: el primero contiene los motivos que

deben llevarnos á dedicarnos al conocimiento y al amor de Jesucristo; el segundo expone y explica los ejercicios de este amor; el tercero muestra sus efectos, y el cuarto presenta los ejemplos de Santos que han hecho una profesión particular de amar á Nuestro Señor. El autor, naturalmente fecundo y acostumbrado á meditar lo que pertenece á la vida espiritual, se ha extendido bastante sobre estos diversos objetos, y, agota, en cierto modo, la materia; sin embargo, jamás fatiga, porque ha reunido á su asunto toda la economía de la religión, y porque recorre todo lo que hay de importante en las doctrinas y las prácticas del cristianismo.

Este libro precioso ha sido reimpreso en Lyon, 1825, 5 volúmenes, en 8.,° y se ha tenido cuidado de retocar el estilo, que lo necesitaba. El P. de Saint-Jure dejó además "La vida del Sr. Rentí, El hombre religioso, etc. Murió en París el 30 de Abril de 1657."

Esa edición de Lyon fué impresa con extrema negligencia. El Abate Tarpin que había retocado el estilo, no pudo sin duda revisar su trabajo, por lo cual hubo incorrecciones, supresiones, faltas de sentido y frecuentemente aun aserciones opuestas directamente, á lo que quiso decir el autor primitivo. Añádase que más de una tercera parte de citas indicadas por el P. de Saint-Jure, han sido omitidas completamente. En la edición presente hemos restablecido todas esas citas y, al mismo tiempo que nos hemos servido muchas veces de las correcciones del Abate Tarpin, nos hemos esforzado por conservar en toda la obra el sentido del autor y en hacer el estilo de esta obra excelen-

te capaz de sufrir una lectura pública. Tal ha sido el fin de nuestro trabajo. Hemos querido hacer más extractiva y por consiguiente más útil la lectura del "Conocimiento y Amor de Nuestro Señor Jesucristo." Ojalá lo hayamos obtenido ! . . . . . .

Vauchassis, 21 Noviembre de 1875.

Del Conocimiento y del amor

DE NUESTRO SR. JESUCRISTO.

LIBRO PRIMERO

Motivos que deben llevar á los hombres á este conocimiento y á este amor.

CAPITULO PRIMERO.

Extrema ignorancia é insensibilidad de los hombres por las cosas de la salvación.

I. Pasage de San Gregorio sobre el mal uso de la razón. II. Ceguedad de Salomón y de Aristóteles en las cosas de la salvación.—III. Primera causa de la ceguedad de los hombres, el pecado original.—IV. Segunda causa, las pasiones y los pecados actuales.

I. Como introducción á nuestro asunto citaremos un bello pasaje sobre la razón del hombre, que se lee, al principio de un pequeño tratado que S. Gregorio de Nysa, doctor elocuente de la Iglesia griega, ha compuesto contra aquellos á quienes impacientan las advertencias que se les da. He aquí sus palabras: El espíritu y la razón del hombre son ciertamente sublimes: son la posesión más noble, el don más grande y el tesoro más rico que haya recibido de la mano liberal de su Creador. Por la razón, como por un sello divino, está marcado á imágen de Dios, distinguido de las bestias y elevado incomparablemente sobre ellas. La razón es la que le pone cetro en la mano, y corona en la ca-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

beza, y lo establece rey de los animales; éstos se reconocen sus súbditos, y les muestran su dependencia por la obediencia que le rinden. Todo lo que hay en el hombre, sea en su cuerpo, sea en sus sentidos, sea en su alma vegetativa, no lo eleva sobre ellos, puesto que ellos están provistos de ello lo mismo que él; sólo la razón pone entre ellos y él esa distancia inmensa que lo ennoblece y hace de él un sér de una naturaleza toda diferente.

Nosotros aunque más débiles de cuerpo, por la razón damos la ley á los más fuertes; domamos los bueyes, y los sugetamos á encorbarse bajo el yugo para labrar la tierra; gobernamos un caballo con la rienda, lo enseñamos á ser manejable, dócil y á tomar todos los pasos; acostumbramos á los elefantes, camellos y burros á llevar nuestras cargas. Con el socorro de la razón atravesamos la inmensidad de los mares; y no teniendo para conducirnos más que nuestro espíritu, nos metemos en una frágil embarcación y atravesamos el oceano; el aspecto de los astros nos muestra la direccion de los vientos y nos indica el camino que es menester seguir: así es como la razón, á semejanza de un piloto hábil, nos guía sobre las aguas, y dirige nuestro viage, como la estrella guiaba á los Magos sobre la tierra.

Con la razón, medimos la longitud y latitud, altura y profundidad de los cielos; conocemos sus diversos movimientos y circuitos; sabemos de una multitud de estrellas, su grandeza y distancia; preveemos los eclipses de sol, los de la luna y sus diferentes fases, los temblores de tierra, las sequías y lluvias; descubrimos las virtudes y propiedades de los simples. ¡Qué sería si habláramos

de la teología, de la filosofía, de las matemáticas, de la jurisprudencia, de la medicina, de la elocuencia de la historia, de la poesía, del conocimiento de lenguas, de todas las ciencias, de todas las artes, tanto liberales como mecánicas, todo lo cual son del dominio del espíritu del hombre! Y sin embargo, este sér tan sabio, tan elevado sobre los animales, este sér tan noble, tan activo y tan penetrante, que tiene tantos conocimientos y ciencias, carece de una cosa: ni gota ve en el conocimiento de la verdadera vida y en la ciencia de su salvación.

Así habla S. Gregorio; (1) y esto que él dice, ¡ay! es demasiado verdarero.

II. En efecto, sin ir muy lejos encontramos una prueba evidente de ello en dos de los hombres más sabios que han vivido, Salomón y Aristóteles. Habiéndose Dios complacido en derramar en el espíritu de Salomón toda suerte de conocimientos, fué entre todos los hombres el que tuvo más ciencia infusa. Te he dado, le dijo Dios, un corazón sabio é inteligente: de suerte que jamás ha habido hombre antes que tú que te haya igualado, ni se levantará después de tí. (1) Su reputación como un atractivo poderoso, atraía á las reinas de los países más retirados del Mediodia, para venir á oir su palabra y admirar su sabiduría. Discurría acerca de todo con una exactitud asombrosa, así fué llamado el sabio por excelencia. Y sin embargo, este sabio Salomón, tan versado y consumado en

1 S. Greg. Nys. Tract, cit ad initium.
1 Cor sapeuns et inteligens in tamtúm ut nullis ante te simillis tui fuerit, nec post te surrecturus sit, III, Reg. III, 12.

el conocimiento de tantas cosas, fué de tal modo ignorante y ciego en el negocio de su salvación, que adoró los ídolos, dobló la rodilla ante la madera y la piedra, y les rindió honores debidos á solo Dios, y esto en una vejez avanzada, á la edad en que el juicio y prudencia del hombre deben estar en toda su fuerza. En cuanto á Aristóteles, se puede decir que este filósofo fué uno de aquellos que tuvo más ciencia adquirida; quien por la vivacidad de su espíritu y la fuerza de su juicio, ha penetrado más que ninguno en los secretos de la naturaleza, y él es quien ha como establecido los fundamentos de la filosofía. De él es de quien ha dicho un famoso filósofo: Aristóteles ha sido el manantial de la ciencia por la cual han sido formados los demás filósofos; su espíritu ha tocado los últimos límites del espíritu humano; Dios lo ha elevado al grado mas alto de la perfección intelectual á que pueda llegar un hombre. (2) Y bien! Aristóteles ha estado tan profundamente cegado que según refiere Teodoreto, (3) que á su mujer, que había sido la criada de un tirano, á la que había visto morir y que le había dado durante su vida graves motivos de queja; le ofreció sacrificio y con las ceremonias más religiosas de la gentilidad, puesto que practicó todos los ritos que observaban los atenienses en los misterios de Ceres. ¡Qué exceso de ceguedad! Y qué cosa más propia

2 Aristóteles fuit princeps per quem perficiuntur omnes sapientes; Aristótelis intellectus fuit finis humani intellectus; Deus appropriavit ei ultimam dignitatem, quam nullus homo potest in ullâ ætate attingere. Averroés apud Pererium, lb. V, de Principiis, cap. 1.

3 De curatione grocorum affectionum lib. VIII.

para demostrar y hacer tocar con el dedo la verdad de las palabras de S. Gregorio: El espíritu humano tan perspicaz en el conocimiento de tantas cosas, está, sin embargo, en la última ignorancia en cuanto á lo que pertenece á la más importante de todas, quiero decir la de la salvación.

III. La primera causa de una desgracia tan grande viene del pecado original, que, entre los innumerables males que ha causado al hombre, ha puesto el colmo de su desgracia hiriéndolo mortalmente en sus dos facultades más nobles, el entendimiento y la voluntad: el entendimiento, llenándolo de ignorancia y de tinieblas, que le impiden conocer sus verdaderos intereses y lo que puede conducirlo á la verdadera y única felicidad; la voluntad, hiriéndola de insensibilidad y de debilidad e impidiéndole abrazar los medios de llegar á ella. Nuestro primer padre, quebrantando el mandamiento de Dios y comiendo del fruto prohibido del árbol de la ciencia del bien y del mal, creyó llegar á ser más sabio: por esto es que Dios lo vistió inmediatamente después con pieles de bestias, para enseñarle que, por su pecado, se había hecho semejante á los animales desprovistos de razón, y que dejaría á sus hijos esta herencia desgraciada. En el estado de inocencia hubieran venido al mundo dotados de una ciencia perfecta, ó á lo menos hubieran sido capaces de adquirirla en muy poco tiempo, á causa de la excelencia de su espíritu y de la perfección de los órganos de sus cuerpos; y no como ahora vienen cual animales, sin uso de razón, pasando días infortunados en las tinieblas, con muy poco y á veces ningún conocimiento de

su verdadero bien. (1) Por esto es también, que lo primero que hacen los niños en el vientre de su madre es dormir, según el testimonio de los filósofos y de los médicos. Dos santos doctores, elevándose más alto en la consideracion de este secreto, aseguran que la causa moral de ese sueño no es otra cosa más que el pecado. Según éllos de tal manera ha dispuesto Dios la entrada de lo hijos de Adan en el mundo, que su primera acción es el sueño, durante e cual los ojos del cuerpo están cerrados, los sentidos adormecidos y sin acción alguna sobre las cosas exteriores, para mostrar que el alma estará después en el mismo estado en cuanto á las cosas interiores. (2) Platón, aunque no conoció la verdadera causa de estas miserias, pero que vió solamente los efectos, considerando la grande ignorancia y el adormecimiento profundo en que estaba sumergida, decía que el alma del hombre dormía en su cuerpo. S. Juan Crisostomo desarrolla aún mucho mejor esta verdad, al escribir sobre estas palabras de S. Pablo: Tiempo es ya de salir de nuestro sueño. (3) "Por lo que mira al negocio de nuestra salvacion, somos semejantes, nos dice él, á hombres hundidos en la cama, en medio de una noche oscura, y que sin inquietud alguna, se entregan al sueño más profundo. Si yo pudiera mostraros vuestras almas, os las haría ver teniendo apagada la lámpara de la gracia del Espíritu Santo, agravadas por el humo de las cosas de la tierra, y como anegadas y sepultadas en un sueño letárgico." (1) Por esto es que podemos con mucha razón, comparar el pecado á la golondrina que cegó á Tobías dejando caer su estiércol sobre los ojos de este buen anciano; desgracia que él deploraba tan tristemente por estas palabras: Ay! ¿á qué sentimiento de alegría pudiera yo entregarme ahora, estando sumergido en las tinieblas, privado de la luz del día y del arrebatador espectáculo que ofrece la belleza de los astros? (2) Porque el pecado con sus tristes consecuencias ha sumergido en la ceguedad al género humano, que podría, con título muchomás justo que Tobías, quejarse de que está en las tinieblas, de que no ve la luz del cielo y no puede conocer cómo sería tan necesario á su felicidad, las cosas eternas y divinas.

1 Sallia ann. 1 mundi die 3. ª núm. 95.
2 Aristo de. gen. Animal cap. V,
3 Hora est jam nos de somno surgere. Rom., XIII, 11.

IV. Pero, además del pecado original, hay otra causa que San Gregorio ha notado particularmente en su discurso, y que contribuye mucho á esa ceguedad: son los pecados actuales y las pasiones los que, por la turbación y confusión que arrojan en el alma, hacen que los hombres, ya muy cegados por el pecado de nuestro primer padre, se cieguen más aún, vean todavía menos las cosas de su salvación, no tengan ni gusto ni afecto por ella, y como si les fuesen extrañas, se dèjen llevar por sus apetitos desarreglados y sus vanos deseos, empleando sus pensamientos y sus afectos á objetos absolutamente contrarios.

Si alguno subiera á una torre alta en una ciudad grande, como por ejemplo, París, y que Dios

1 Homil. 24, in Ep ad Roman.
2 Quale gaudium mihi ærit, qui in tenebris sedeo, et lumen cœli non video. Tob., V. 12.

le hiciera los ojos del cuerpo y del espíritu tan vivos y tan penetrantes, que pudiera desde allí descubrir todo lo que pasa, lo que todos los hombres, en cualquier lugar que estén, piensan, lo que buscan con afán, lo que hacen, es indudable que vería una multitud inmensa de pensamientos y de afectos diversos; pero tendiendo todos á las cosas perecederas de esta vida. Vería á uno únicamente ocupado en elevarse, al otro en enriquecerse, éste no pensando más que en los juegos y en los placeres, á aquél todo afanado en levantar edificios, á ese otro no teniendo en la cabeza más que sus pleitos, otro su comercio, otro el cuidado de sus negocios domésticos. Vería el corazón de éste trasportado de amor, á aquél de odio, éste otro de envidia; en fin, un número infinito de pensamientos, de afectos, de diferentes deseos; pero todos tendiendo á las cosas de la tierra, á nadas, casi á ninguno que piense en el gran negocio de la salvacion y que diga de corazón: Quiero salvarme cuésteme lo que me cueste. Tan verídicas son las palabras de David: Dios ha mirado desde lo alto del cielo á los hijos de los hombres, para ver si en una tan grande multitud se encuentran algunos bastante juiciosos y bastante prudentes para buscar al Señor y no detenerse, como niños, en miserias y futilidades; pero todos se han apartado del recto sendero: se han extraviado en caminos perdidos, entreteniéndose en cosas vanas é inútiles; no hay más quien haga el bien, ni uno sólo (1).

1 Ut videat si est intelligens aut requirens Deum; omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt: non est qui faciat bonum, non est usque ad unum. Ps, XIII y LII.

¡Qué prodigiosa ceguedad! ¡Qué deplorable estupidez!

Reflexionando los santos Padres sobre los misterios ocultos en la curación de los ciegos, obrada por Jesucristo durante el curso de su vida, veían en todos esos ciegos otras tantas imágenes de la ceguera espiritual de los hombres San Gregorio el grande, habla así del ciego de quien San Lucas hace mención en el capítulo XVIII: "Ignoramos quién haya sido este hombre ciego, y sin embargo, conocemos el misterio oculto en esta curación. Este ciego es el género humano, que, privado de los goces del Paraíso por el pecado del primer padre, no viendo más la claridad de la luz divina, está envuelto en las tinieblas de su condenación, pero que es iluminado en seguida por la presencia de su Redentor." (1) Y así como el padre de Tobías recobró la vista por medio de la hiel del pescado de la cual su hijo le hizo un colirio, por orden del arcángel Rafael, así nuestro divino Salvador, como un médico caritativo, ha curado la ceguera del hombre, por el remedio saludable compuesto de la hiel del pez misterioso, es decir, de los trabajos de su vida y de los dolores de su muerte; remedio que, aplicado sobre los ojos del alma de este pobre ciego, hará desaparecer de él las manchas que le ocultaban la luz, le hará co-

1 Ecce quis juxta historiam cæcus iste fuerit, ignoramus; sed tamen quid per mysterium significet, norimus. Cæcus quippe est genus humanum, quod á parente primo á Paradisi gaudiis expulsum, claritatem superno lucis ignorans, damnationes suo tenebras patitur, sed tamen per Redemptoris sui prosentiam illuminatur. Hom. II in. Evang.

nocer los misterios del cielo, y lo inclinará á trabajar con ardor en los negocios de su conciencia.

Por consecuencia, mi querido lector, á este Dios lleno de ternura y de misericordia, es al que es menester ir, y como el ciego del Evangelio clamarle con un afecto ardiente: Jesús, hijo de David, tened misericordia de mí (1). Brillante sol de justicia, que iluminais á todo hombre que viene á este mundo, tened compasión de mi ceguera, esclareced mis tinieblas, *abrid mis ojos á fin de que yo pueda ver* y gustar vuestras verdades, las cosas del cielo y el muy importante negocio de mi salvación.

1 Jesu fili David, miserere mei.....Domine ut videam. Luc. XVIII, 38 y 41.

SECCION PRIMERA.

El buen espíritu y el buen juicio consisten en pensar seriamente en su salvación.

I. Se carece de buen juicio y de buen espíritu.—II. En qué consiste el buen juicio.—III. El buen espíritu según el mundo.—El buen espíritu según la verdad.

I. Aún cuando, como acabamos de decir, los hombres piensen tan poco en su salvación, es menester, sin embargo, que sepan y que tengan como una verdad cierta é indudable, que el buen espíritu y el buen juicio consisten en pensar seriamente en ella, y darse enteramente á ella. Porque cualquiera que sea la ciencia y capacidad que pueda tener un hombre, que sea gran téologo, filosofo sutil, elocuente orador, que sea muy hábil en el manejo de negocios y en el gobierno de los Estados, si no toma con resolución el cuidado de su salvación, carece de espíritu y de juicio. Todo lo que se podrá decir de él, es que lo tiene para esas cosas en las cuales sobresale; pero no podrá ser llamado, de una manera absoluta, hombre de juicio y de espíritu, porque carece de él en lo más importante de todo, en lo que la luz de la razón debe aparecer con más brillo. No se tendría ciertamente como un hombre juicioso y entendido á aquel que no pudiera aplicarse más que á las cosas pequeñas, y se perdiera en las grandes; con mucha ma-